

mala. Mas acaecióle al revés, porque pudieron mas las persuasiones del Fr. Pedro para hacerle quedar allí en su compañía. Y desde á poco tiempo se les juntó otro compañero, llamado Fr. Juan Pizarro, de la provincia de S. Miguel, que habiendo estado algunos años en Yucatan, por ciertas mohinas que tuvo con el gobernador, se fué en seguimiento de Fr. Lorenzo, que era el que mas habia sustentado aquello de Yucatan. Estando, pues, estos cinco religiosos ocupados en aquella obra, pareciéndole á Fr. Lorenzo de Bienvenida que para lo mucho que allí habia que desmontar eran pocos los obreros, embarcóse para España, donde recogidos treinta frailes, volvió con ellos á Costarica, que es del obispado de Nicaragua, para donde fué luego proveido por obispo el padre Fr. Antonio de Zayas, de la misma orden franciscana, de la provincia del Andalucía. El obispo procuró otros treinta frailes de la misma provincia, y por su comisario á Fr. Pedro Ortiz, y alcanzó del padre Francisco de Guzman, que á la sazón era comisario general de Indias, que de los frailes que llevaba Fr. Pedro Ortiz en su compañía y de los que estaban en Costarica, se hiciese una provincia que se intitulase de S. Jorge, y el comisario lo concedió por entonces, que era el año de setenta y cinco. Mas porque no bastaba esta erección de prelado particular sin la autoridad del capítulo general, despues en el que se celebró en Paris, año de setenta y nueve, se confirmó en provincia de S. Jorge, con número de doce conventos.

1575.

1579.

CAPÍTULO X.

De las jornadas y misiones que á los principios se hicieron para descubrir nuevas gentes. Y cómo el Señor no permitió que alguno de los doce se emplease en otra parte.

DESPUES que el siervo de Dios Fr. Martín de Valencia hubo predicado y enseñado, juntamente con sus compañeros, la palabra de Dios en México y en las provincias sus comarcas por espacio de ocho años, quiso, á ejemplo de nuestro Redentor, ir á otras ciudades y tierras á predicar y enseñar su santo Evangelio. Y como fuese prelado, dejó en su lugar un comisario, y de sus compañeros y de otros que de España habian venido en su busca, tomó ocho compañeros, y con ellos fué á Teuantepeque, puerto en el mar del sur, que dista de México mas de cien leguas, para allí se embarcar y ir adelante; porque siempre tuvo como cosa cierta el varón santo

Luc. 4 et 8.

Misiones en descubrimiento de nuevas gentes.

que habia otras muchas gentes que descubrir por la mar del sur. Y para este viaje que tanto deseaba, el marques del Valle le habia prometido navíos que le pusiesen á él y á sus compañeros por la derrota que su espíritu le dictaba, adonde Dios los guiase, y allí libremente predicasen el Evangelio de Jesucristo, sin preceder conquista por medio de armas. Estuvo en Teuantepeque esperando los navíos siete meses, que para aquel tiempo habian quedado los maestros de darlos acabados, y para mejor cumplir su palabra, el marques desde su villa de Cuernavaca (á do era su continua residencia, que está once leguas de México), fué en persona á Teuantepeque al despacho de los navíos. Mas con toda la diligencia que él pudo poner, no se acabaron en aquel tiempo, porque en esta tierra con mucha dificultad y costa y muy á la larga se echan los navíos á la mar. Parece que aun no era llegado el tiempo que aquellas gentes se descubriesen. Ni tampoco quiso Dios que faltase la presencia de tal padre á estas plantas tan tiernas en la fe. Ni quiso (como luego lo diremos) que de los doce que él habia escogido para principio y fundamento de esta conversion, alguno de ellos se ocupase en otra empresa. Pues viendo el siervo de Dios Fr. Martín, que los navíos le faltaban, y que el capítulo de la custodia se acercaba (para el cual él tuvo entendido que seria de vuelta, dejada ya descubierta otra gente), volvióse á México, dejando allí tres de sus compañeros para que acabados los navíos fuesen en ellos á descubrir. En el tiempo que el bendito padre se detuvo en Teuantepeque no estuvo ocioso él ni sus compañeros, sino que demas de su acostumbrado ejercicio de la oración (en que entonces mas que nunca se ocuparon, aparejando sus ánimas al Señor y pidiéndole cumpliese en ellos su divino beneplácito), tambien ayudaron á los naturales de aquella comarca, predicándoles por toda ella, y volviéndoles en su propia lengua (que llaman zapoteca) la doctrina que les enseñaban. Y lo mismo hicieron á la ida en todos los pueblos por do pasaban. Y entre los demas pasaron por uno, llamado Mictlan, que quiere decir infierno ó lugar de muertos, á do hubo en tiempos pasados (segun hallaron las muestras) edificios mas notables y de ver que en otra parte de la Nueva España. Habia un templo del demonio y aposentos de sus ministros, maravillosa cosa á la vista, en especial una sala como de artesones, y la obra era labrada de piedra de muchos lazos y labores. Habia en el templo muchas portadas, cada una de tres piezas grandes, una pieza de una parte y otra de la otra, y otra en lo alto. Eran tan gruesas y tan anchas,

Edificios notables hubo en la Nueva España.

que en pocas partes de España se hallarán otras tales. Hay en aquellos aposentos una sala que los pilares de ella son redondos, y cada uno por sí de una pieza, y tan gruesos, que dos hombres abrazados á ellos apenas tocan con las puntas de los dedos. Serian de cinco brazas en alto con lo que decian estar debajo de tierra, semejables á los que dicen están en Roma en el portal de Santa María la Redonda. Cosa era maravillosa lo que el santo varon Fr. Martin de Valencia anhelaba y deseaba el descubrimiento de la China, puesto que entonces aun no habia noticia de ella, sino que en espíritu le estaba revelada. Y derramando muchas lágrimas encomendaba continuamente á Nuestro Señor este negocio, suplicándole tuviese por bien de descubrir aquellos gentiles y traerlos al conocimiento de su santo Nombre, incorporándolos en el gremio de su Iglesia. Decia, tratando de esto espiritualmente, que aquellas gentes que estaban por descubrir, serian mas hermosas y de mas habilidad que estas de la Nueva España. Á estos comparaba á Lia y á los otros á Raquel. Decia más, que si Dios le diese vida, estaba aparejado en su vejez para emplear otros diez años con aquellas gentes, como habia hecho con estas. Y este su ferviente deseo no perdió su mérito ante el acatamiento divino. Empero no quiso el Señor que en tiempo de este su siervo se descubriesen, y fué servido de las descubrir en el nuestro, para los que él tenia diputados y escogidos en ministros de aquella conversion. Considerando muy bien esto un muy íntimo familiar del santo Fr. Martin, despues de su muerte decia, que cuando es la voluntad de Dios que una gente infiel capaz de recibir la fe católica se descubra, para que esto venga á noticia de los fieles cristianos, lo quiere revelar á algunos siervos suyos que lo encomienden mucho al Espíritu Santo, y de ellos venga tambien á noticia de personas hábiles y tales cuales convienen para aquel descubrimiento. Y así con las oraciones de aquellos sus siervos y con la industria de los otros se merezca descubrir la tal gente y tierra. Y que de esta manera (por ventura) quiso Dios revelar á su siervo Fr. Martin de Valencia las gentes que buscaba y deseaba ver, no para que él las viese, sino para que con sus ruegos y de otros sus siervos, las mereciesen descubrir y ver aquellos que ese mismo Dios para ello tiene escogidos y determinado que las descubran y conviertan. Los tres religiosos que dejó en Teuantepeque para que aguardasen los navíos y en ellos fuesen á descubrir tierras, tampoco quiso el Señor que saliesen con su intencion, puesto que era santa y buena. Y seria por ventura (aplicándolo á nuestro

propósito) porque el uno de los tres era de los doce primeros, es á saber, Fr. Martin de la Coruña, ó de Jesus, á quien se habia encomendado el apostolado de Mechuacan. Y (segun parece) sabiendo este padre cómo su caudillo Fr. Martin de Valencia se iba á embarcar en busca de otras nuevas gentes, con el mismo espíritu dejó lo de Michuacan en manos de sus compañeros y vino á México, adonde se acompañó y anduvo esta jornada con el dicho padre, aunque en ella ni en otra que despues intentó no tuvo el beneplácito de Dios, antes le resistió y puso estorbos para que dejase los nuevos designios y volviese á su primero llamamiento, como al fin hubo de volver y acabar la vida en Michoacan. Embarcáronse él y los otros dos en Teuantepeque cuando estuvieron acabados los navíos, y al cabo de algunos dias que navegaron (como iban á tiento y no sabian la derrota que habian de llevar), cansáronse los marineros y tambien ellos mismos, y así los hubieron de echar en tierra en la misma costa de esta Nueva España. No escarmentó de esta el buen Fr. Martin de la Coruña con el fervor de su buen espíritu, sino que quiso probar la segunda vez lo que Dios ordenaba de su persona, y metióse en otros navíos que iban tambien en busca de nuevas tierras, y fueron á parar á una isla donde ni hallaron gente ni que comer, y padecieron mucha hambre, tanto que de ella murieron muchos españoles y indios que llevaban consigo. De suerte que compelidos del gran trabajo y necesidad hubieron de volverse á esta tierra. Otros dos de los doce, Fr. Juan Juarez y Fr. Juan de Palos, lego, determinaron de ir en otra armada que Pánfilo de Narvaez llevaba á la Florida, y sin aprovechar cosa alguna murieron en aquella tierra, tambien de pura hambre, con otro españoles. Otro de los doce, movido con celo de la religion, quiso ir con otros compañeros á la isla Española, y llegados al puerto donde se habian de embarcar, ordenó Dios un estorbo con que no pudo cumplir su viaje, y se volvió. El primero provincial que se eligió despues que de custodia se hizo provincia esta del Santo Evangelio, llamado Fr. García de Cisneros, uno de los doce, estaba determinado de pasar en España, pareciéndole que la obediencia del Sumo Pontífice le obligaba á ir al santo concilio Tridentino, que entonces se comenzaba, por ser prelado principal en esta nueva Iglesia. Y estándose aparejando para hacer este viaje (que por ventura fuera para no volver), fué el Señor servido de atajarlo, llevándolo á su gloria. Fr. Luis de Fuensalida, otro de los doce, despues de haber sido acá custodio, y sabido la lengua de los indios mejor que ninguno de

sus compañeros, se volvió á España con cierto achaque que tomó; mas su intento no fué sino de pasar en África para predicar á los moros y recibir martirio por amor de Jesucristo, como lo procuró luego en llegando allá y tuvo licencia para ello, sino que al tiempo de cumplirla se la hizo revocar Fr. Pedro de Alcántara. Y teniéndole echado el ojo para sacarlo por provincial de su provincia de S. Gabriel, acordó de volver á esta Nueva España con deseo de enterrarse con sus compañeros. Mas esto no le concedió Nuestro Señor (por ventura en pago y castigo de haber dejado su primera vocacion, puesto que lo que él buscaba parecia de mas perfeccion), porque murió en el camino en la isla de San German, donde quedó enterrado, viniendo de vuelta para esta Nueva España.

CAPÍTULO XI.

En que se prosigue la materia de las misiones y jornadas que hicieron algunos de los primeros doce.

1537. **E**NTRE los prelados de esta provincia, el que mas cuidado tuvo de enviar ministros á predicar el santo Evangelio por este nuevo mundo, fué Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, uno de los doce, que siendo provincial envió frailes por muchas y diversas partes á predicarlo y enseñarlo. En el año de mil y quinientos y treinta y siete, recien electo en provincial, envió cinco frailes por la costa del mar del norte, que fueron predicando y enseñando la ley de Dios en las provincias de Guazacualco, Tabasco y Xicalango, hasta llegar á Champoton (como arriba se dijo tratando de la provincia de Yucatan), y en esta mision ó peregrinacion se detuvieron dos años.

1538. En el de treinta y ocho envió otros tres frailes en unos navíos del marques del Valle que fueron á descubrir por la mar del sur, y dieron en una tierra, que aunque al principio se sonó era muy poblada y rica (como los españoles siempre la desean hallar), despues pareció ser pobre y no muy poblada, y á esta causa la dejaron y se volvieron. Y cuando se descubrió lo de Cibola, se supo cómo aquella tierra iba á confinar con la Florida, á trechos poblada y fria como la de España. En el mismo año de treinta y ocho envió otros dos frailes por tierra y por la misma costa del mar del sur la vuelta hácia el norte por Jalisco y la Nueva Galicia. Y yendo estos dos frailes acompañados con un capitan, que iba tambien á descubrir

nuevas tierras (aunque con diferentes fines), ya que pasaban la tierra que por aquella parte estaba descubierta, conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos, y el capitan escogió el de la mano derecha, que parecia ir á la tierra adentro, el cual á muy pocas jornadas dió en tan ásperas sierras y peñas, que no pudiendo ir adelante, fué compelido á se volver. De los dos frailes, el uno cayó enfermo y tambien se volvió, y el otro, con dos indios intérpretes, tomó por el camino de la mano izquierda, que iba hácia la costa, hallándolo abierto y seguido, y á pocas jornadas dió en tierra poblada de gente pobre, la cual salió al fraile, teniéndolo y llamándolo mensajero del cielo, y así salian á él á lo tocar y besar el hábito, pensando que habia caido del cielo. Acompañábanlo de jornada en jornada doscientas y trescientas personas, y á las veces cuatrocientas. Y aquellos que lo acompañaban, un poco antes de medio dia iban los mas de ellos á caza de liebres, conejos y venados (de que hay mucha abundancia en aquella tierra), y como ellos se saben dar buena maña, en poco espacio traian mucha comida, y dando de ella primero al fraile, repartian entre sí lo demas. De esta manera anduvo mas de doscientas leguas, y cuasi en todo este camino tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida, y que tienen casas de terrado, y no solo de un alto, sino de muchos sobrados. Y otras gentes decian estar pobladas á la ribera de un grande rio á do hay muchos pueblos cercados, y que á tiempo tenian guerra los señores de los unos pueblos con los de los otros. Y que pasado aquel rio estaban otros pueblos mayores y de gente mas rica. Y que tambien por aquellas tierras habia vacas mayores que las de España, y otros animales muy diferentes de los de Castilla. Y que de aquellos pueblos traian muchas turquesas, las cuales con lo demas que está dicho habia entre aquella gente pobre, no que en aquellos pueblos se criasen, ni en aquellas sus tierras, sino que las traian de los otros pueblos grandes, á do iban á tiempos á trabajar y á ganar su vida, como hacen en España los jornaleros. En demanda de esta tierra habian ya salido muchas y gruesas armadas por mar, y ejércitos por la tierra, y de todos la encubrió Dios, y quiso que un pobre fraile descalzo la descubriese primero que otros. Y cuando trajo la nueva á esta provincia de México, al tiempo que la publicó prometieron los que la gobernaban que no la conquistarían por armas, como se ha conquistado cuasi todo lo que en Indias está descubierta, mas guardadas las condiciones y modificaciones que los doctores teólogos y canonistas determinan, y que así se les predicaria el Evangelio conforme al

Descubridor primero del Nuevo México.

modo que tuvieron los apóstoles en la primitiva Iglesia, y segun debe ser la predicacion que se ha de hacer á los gentiles. Buenas palabras eran estas, si las obras conformaran con ellas; pero de estos buenos propósitos de nuestros españoles no hay que hacer caso cuando ya tienen la masa entre las manos. Como esta nueva se extendió y voló brevemente por todas partes, como á cosa hallada, muchos y por muchas vias se aprestaban con intento de ir en esta demanda. Era á la sazón provincial de esta provincia del Santo Evangelio Fr. Márcos de Niza, natural de la misma ciudad de Niza, en el ducado de Saboya, hombre docto y religioso, el cual por certificarse de lo que aquel fraile habia publicado, quiso ponerse á todo trabajo tomando la delantera, antes que otros se determinasen, y fué con la mayor brevedad que pudo. Y hallando verdadera la relacion y señales que habia dado el fraile por las comarcas donde habia llegado, dió la vuelta á México y confirmó lo que el otro habia dicho. Visto esto, el mismo virey D. Antonio de Mendoza se comenzó á apercibir para ir en persona y hacer esta jornada por servir á Dios y á su rey, y no permitif que aquellas gentes domésticas y simples fuesen tratadas de los españoles con la crueldad que estotros de las islas, Nueva España y Perú, sino que con ejemplo de toda caridad y humanidad se les predicase la ley de Dios y su santo Evangelio. Mas no hubo efecto esta su determinacion, porque no convenia privar á esta tierra de la presencia de su persona, poniéndose en viaje de tan larga distancia, cuyo suceso estaba dudoso. Y así se lo aconsejaron todos, y á él le pareció sano consejo. Y á esta causa envió en su lugar á Francisco Vazquez Coronado, principal caballero y hombre de cristiano celo, acompañado de mucha y buena gente, con gran carruaje de todas provisiones y ganados, y en su compañía al provincial francisco con otros religiosos. Partieron de México por el año de mil y quinientos y cuarenta, y pasadas las provincias de Chiametla, Colhuacan y Cinaloa (que ya estaban descubiertas), entraron por el valle de Corazones y llegaron á las provincias de Cibola, Tiguex y Quivira, y otras muchas, hasta dar en la tierra de la Florida, de donde se volvieron con intento (segun publicaban) de volver allá mas de propósito. Y el achaque de la vuelta fué faltarles el agua, aunque la principal ocasion bien pudo ser no hallar en todas aquellas tierras otro México como el de la Nueva España, porque ni Francisco Vazquez Coronado, ni otro alguno se movió á volver á aquellas partes, hasta que al cabo de cuarenta años, en el de ochenta y uno

Jornada que se hizo para Cibola.

1540.

1581.

movió Dios el corazón de un fraile menor, lego viejo, muy devoto y celoso de la salud de las almas, por cierta relacion que tuvo de unos indios, morando en el valle que llaman de San Bartolomé, á entrar la tierra adentro en busca de aquellas grandes poblaciones que ya estaban olvidadas, que por ser tan afamadas, las llamaron el Nuevo México. Y para esto pidió licencia á sus prelados, y dos sacerdotes que llevase consigo (como los llevó), mancebos teólogos de muy buen espíritu, y con doce soldados que los quisieron acompañar partieron en aquella demanda. Y caminadas doscientas y cincuenta leguas hácia el norte, llegaron á una provincia que se llama de los Tiguas. Viendo los soldados que entraban en tierra poblada de cantidad de gente, y que ellos eran pocos para resistir á los sucesos que se podian ofrecer en tanta distancia de la vivienda de los españoles, y tan lejos del necesario socorro, acordaron de volverse, lo que pienso no hiciera Hernando Cortés si en aquella ocasion se viera, porque á los osados y animosos dicen que ayuda la fortuna, y sin duda no murieran los frailes si ellos no los desampararan, los cuales no quisieron volver atras por miedo de la muerte, mayormente viendo que los naturales de aquellas tierras los recibian amorosamente y los trataban con humanidad, y anduvieron con toda seguridad otras ciento y cincuenta leguas, que eran cuatrocientas de México. Vueltos los soldados, dieron noticia de cómo los frailes quedaban en aquel riesgo, y entendiendo los prelados de la órden en poner diligencia de enviar gente porque aquellos religiosos no perciesen, ofrecióse á ello un Antonio Espejo, hombre honrado y rico y deseoso de emplear su hacienda en servicio de Dios y de su rey. Este partió por el mes de Noviembre del año de ochenta y dos con buena compañía de soldados, y mas de cien caballos, y muchas armas, municiones y bastimentos, y gente de servicio, y con él un solo fraile francisco, llamado Fr. Bernardino Beltran. Pasó por muchas provincias, donde siempre fué recibido de paz (como todo ello se puede ver en sus relaciones que andan impresas), y halló que los religiosos habian sido muertos á manos de aquellos infieles á do quedaron. Sus nombres eran Fr. Francisco López y Fr. Juan de Santa María, los sacerdotes, y el lego Fr. Augustin Rodriguez, cuyas muertes se pueden ver en el fin del quinto libro. Dió la vuelta Antonio Espejo para tierra de cristianos, y llegó á ella por principio de Julio del año de ochenta y tres. De suerte que con esta ocasion de los tres frailes que por allá quedaron, se volvieron á descubrir aquellas amplísimas tierras que llaman el

Descubridor segundo del Nuevo México.

1582.

1583.

1596.
Jornada para el
Nuevo México.

Nuevo México, para donde al tiempo que esto escribo (que es por Abril del año de noventa y seis), por orden y mandato del rey D. Felipe nuestro señor envía el conde de Monterey, virey de esta Nueva España, por general de esta empresa á D. Juan de Oñate, hijo de Cristóbal de Oñate, natural de la ciudad de Vitoria, que en su tiempo fué de los principales y mas poderosos de esta Nueva España. Van con él ocho religiosos franciscos,¹ todos ellos profesos, de esta provincia del Santo Evangelio. Entiendo que llevan seis capitanías de soldados, sin otros labradores y hombres buenos, casados, con sus mujeres y hijos, para la labranza y poblacion de aquellas tierras. Guéelos el altísimo Dios y conceda el suceso, que para su servicio se pretende, en la conversion de aquellas gentes á su santa fe católica. Este discurso se ha hecho por el fraile que primeramente descubrió aquellas tierras y gentes, y dió noticia de ellas, habiendo sido enviado por el provincial Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo el año de treinta y ocho á convertir gentes de nuevo. El año de treinta y nueve entraron otros dos frailes por lo de Michuacan á unas gentes que se llaman Teules chichimecos, que ya otras veces habian consentido entrar en sus tierras frailes menores, y los habian recibido de paz y con mucho amor, aunque de los españoles seglares siempre se habian defendido y vedádoles la entrada por ser gente belicosa, y tampoco á los españoles se les daba mucho, viendo el poco provecho que podian sacar de ellos, pues poco mas poseen que un buen arco con sus flechas, salvo si á los mismos indios pudieran cazar para venderlos por captivos, que es el trato que nuestros españoles en esta parte mucho han usado, por donde los chichimecos y las demas naciones indianas siempre se han alterado y remontado, que antes de recibir estas malas obras, nunca dejaron de acariciar á los que de nuevo entraban en sus tierras. Pues en estas que ahora dije, descubrieron aquellos dos frailes cerca de treinta pueblos pequeños de hasta cuatrocientas ó quinientas ánimas los mayores de ellos. Estos recibieron de muy buena voluntad la doctrina cristiana y trajeron sus hijos al bautismo, y por tener mas paz y disposicion de recibir la fe, pidieron libertad de tributo por algunos años, y que despues lo darian moderado de lo que cogiesen y criasen en sus tierras, y con esta condicion darian la obediencia al rey de Castilla. Lo cual todo se lo concedió el virey D. Antonio de Mendoza, y así vinieron al gremio de la Iglesia. De esta manera han hecho despues acá

¹ Por comisario de ellos el padre Fr. Rodrigo Durán. Estas palabras están borradas en el MS.

los frailes franciscos muchas entradas por las tierras de estos que llaman chichimecos, que ocupan la tierra hácia el poniente y norte, en los contornos del reino de México y de las provincias de Michoacan y Jalisco, y la Guaxteca, y son de muchas y diferentes lenguas, y andan por los campos como venados, sin tener casas ni policía de hombres, y á muchos de ellos han traído los frailes al conocimiento de su Dios y á la obediencia de la santa madre Iglesia y de nuestros reyes de Castilla, y puéstolos en poblaciones ordenadas y hécholes sus iglesias, aunque no á pocos les ha costado la vida, porque en alborotándose con vejaciones de seglares, luego lo pagan los frailes, como (con el favor de Dios) se verá parte de ello en el fin de esta Historia en el quinto libro.

CAPÍTULO XII.

Del ingenio y habilidad de los indios para todos oficios, y primero se trata de los que ellos usaban antes que viniesen los españoles.

PORQUE los religiosos, demas de enseñar á los indios á leer y escribir y cantar, y algunas otras cosas de la iglesia (como adelante se dirá), pusieron tambien diligencia y cuidado en que aprendiesen los oficios mecánicos y las demas artes que la industria humana tiene inventadas, es bien presuponer el ingenio y habilidad que los mismos indios para percibir lo que se les enseñase de su parte tenían, y el primor que mostraban en los oficios que usaron en su infidelidad, antes que conociesen á los españoles. Habia entre ellos grandes escultores de cantería, que labraban cuanto querian en piedra, con guijarros ó pedernales (porque carecian de hierro), tan prima y curiosamente como en nuestra Castilla los muy buenos oficiales con escodas y picos de acero, como se echa hoy dia de ver en algunas figuras de sus ídolos que se pusieron por esquinas sobre el cimientto en algunas casas principales de México, aunque no son de la obra curiosa que solian hacer. Los carpenteros y entalladores labraban la madera con instrumentos de cobre, pero no se daban á labrar cosas curiosas como los canteros. Las piedras de precio labraban los lapidarios con cierta arena que ellos conocian, y hacian de ellas las figuras que querian, y lo mismo hacen ahora, aunque lo usan poco porque ya no se hallan piedras preciosas entre los indios. Á los plateros faltábanles las herramientas para labrar de martillo; pero con una piedra sobre otra hacian una taza llana de plata ó un plato.

Habilidad y ingenio de los indios.

Oficios mecánicos que sabian los indios.